

MIENDOZA

La fiesta detrás del escenario

Por MARCELA FURLANO
De la redacción de UNO

De aquel lado todo está en orden, es perfecto, multicolor, hasta parece simple. Sin embargo, del lado oscuro del escenario, donde da la sensación de que los actores son tantos como el público sentado en las gradas del Anfiteatro, la adrenalina aumenta las pulsaciones. Gritos, corridas, nervios se amontonan esperando el tiempo de saltar a la gran escena.

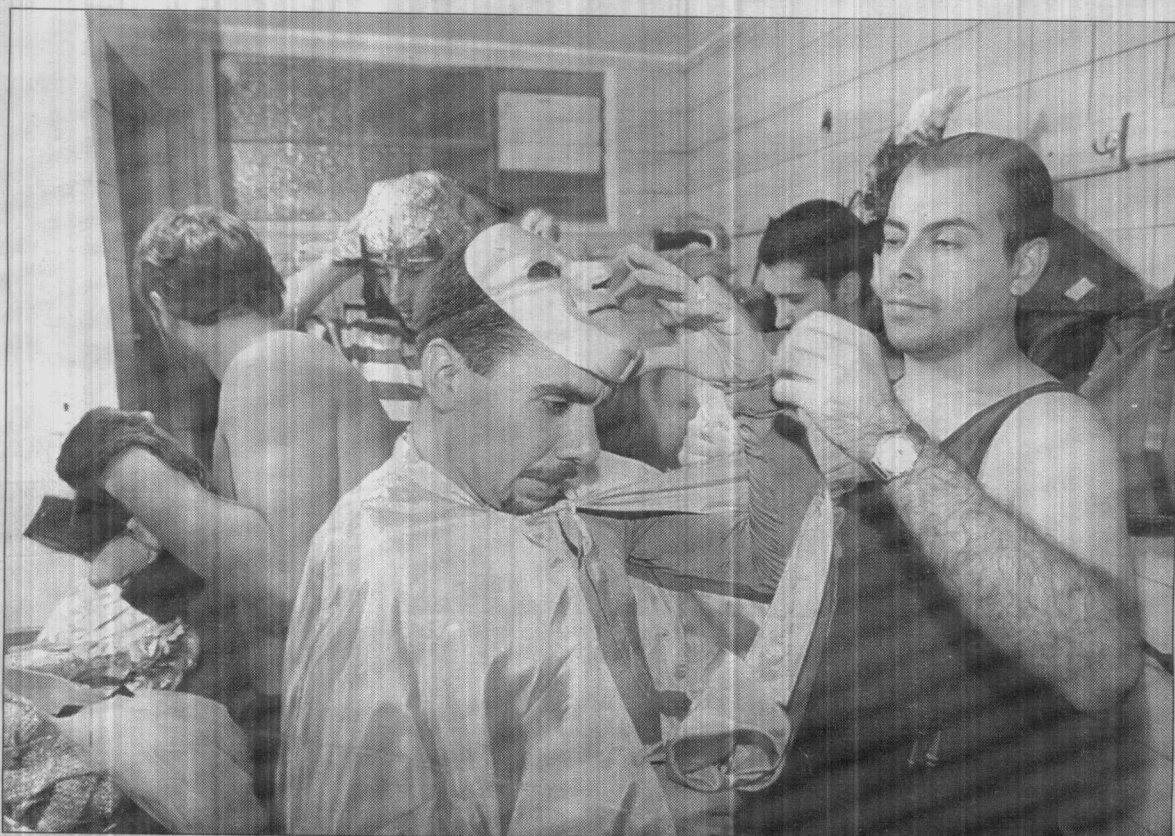
Cuando los bailarines y actores comienzan a llegar, todo es agitación y nervios. Hay un chico con una remera que dice: "No soy feo, sólo diferente", que después saldrá vestido de gaucho, y hay otro cuya remera asegura que sólo bebe en algunas ocasiones, el cual después saldrá muy serio en el cuadro del Carnaval en Venecia, o sea, un bailarín de chacareras.

Antes de vestirse es imposible escuchar a quien habla al lado. Los gritos se mezclan con las arengas y hay un grupo de demonios que rodea a otro que baila, moviendo la cola y gesticulando al compás de una canción que todos corean.

Un grupo de esqueletos baila y hace un trencito, y de esta manera se dirigen al costado del escenario que les corresponde.

Las diferentes salidas por las cuales los actores ingresan al escenario parecen grandes bocas que hacen desaparecer decenas de personas, las que al terminar los cuadros vienen agotadas y orgullosas, mientras reciben felicitaciones y abrazos de los que están todavía esperando que esas grandes bocas los devoren al salir a escena.

Hay unos grandes tachos que contienen bolsitas de agua y casi nadie resiste la tentación de llevarse alguna, sobre todo cuando vuel-



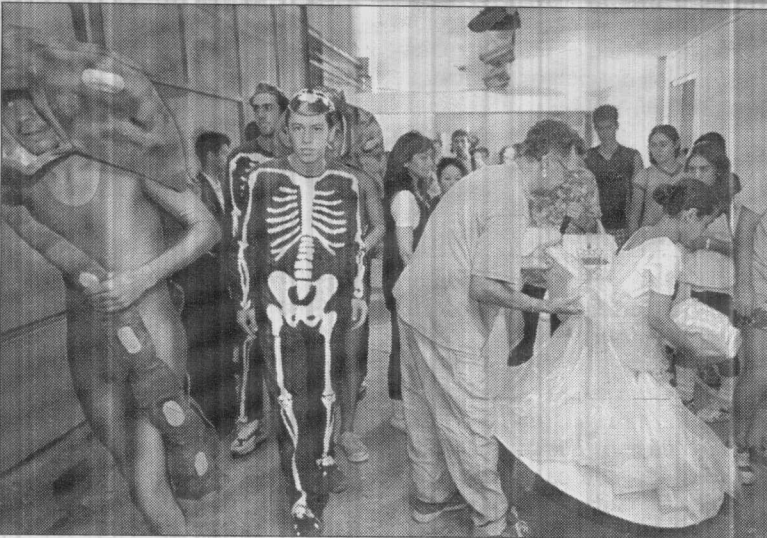
Momentos antes de salir a escena, los periodistas de UNO se mezclaron con los protagonistas del espectáculo

ve de estar expuesto ante las luces y los ojos que hay en el anfiteatro Frank Romero Day.

La mayoría espera su turno de actuar y trata de calmar los nervios charlando entre dos o tres; unos a otros se arreglan los trajes y tocados, mientras los asistentes piden que hagan silencio varias veces en la noche.

Un grupo de gauchos ensaya un zapateo majestuoso y ensucia los costados de sus impecables botas con alguno de los complicados pasos. Más allá, un grupo de niños se ríe y salta, entre diablos y señores de la corte italiana. Mientras tanto, la encargada de vestuario, Sara Rosales, corre de aquí para allá y en el camino muchos le preguntan detalles de cómo va todo "afuera" o le muestran con orgullo el traje que ella misma diseñó.

Los camarines, en resumen, son el compás de espera de más 500 personas y cada uno de ellos manifiesta su alegría por participar en la fiesta de diferentes maneras. Gritos, advertencias, cantos, risas son algunas de las variantes. La constante es que para todos ellos este momento es muy importante. Como para todo gran actor, nada reemplaza la incomparable sensación de dar lo mejor de sí en escena.



Arriba: bailarines se ayudan entre sí en los cambios de vestuario. Nervios y corridas son una constante en los camarines. Izquierda: ropajes que simulan la muerte, junto a los vistosos trajes de las bailarinas, se agolpan en los pasillos internos del Anfiteatro.

Gauchos, rodilleras y modelos

Por GABRIELA MALIZIA
De la redacción de UNO

Un gaucho con rodilleras practica su zapateo y dos esbeltas figuras aladas surgen de la oscuridad como ángeles negros. En un rincón del escenario, el director Fernando Colomé habla con los coreógrafos, los vestuaristas, los asistentes, los iluminadores, los sonidistas, los actores, los escenógrafos, y uno se pregunta cómo conserva esa sonrisa de oreja a oreja en medio de tanto aturdimiento.

A pesar de que todos parecen conocer al dedillo sus rutinas, a último momento surgen preguntas descabelladas: "¿Por dónde nos tocaba salir?"; "¿dónde me cambio?"; "¡este traje me queda grande!"; "¿has visto a mi novio?", lo tengo que encontrar urgente porque tiene mi cábala de buena suerte". Uno se pregunta entonces ¿cómo se coordinan tantos números, tantos cuadros, tantas ansiedades, talentos y errores en una misma fiesta? La respuesta aparece casi de inmediato, cuando empieza la música y el director advierte que despejen el escenario.

Los rayos láser iluminan los cerros con sus increíbles juegos de colores, que fingen estrellas, cielos, texturas y formas fantasmagóricas, y unos demonios rojos de enormes cuernos levantan sus tridentes al cielo como parte de un ritual que tiene a todos con los nervios de punta.

"Estoy aturdida, no veo la hora de que esto se termine", exclama una tenebrosa bruja mientras se acomoda la careta. En tanto, el director saluda gente a diestra y siniestra con sonoros besos y efusivos abrazos, como si fuera el anfitrión de una fiesta en la que todos los colados son bienvenidos. Se ve que conserva la calma, aunque ésta es su ópera prima. Nada despreciable su actitud, si se tiene en cuenta que no sólo Mendoza, sino todo el país y algún rinconcito del mundo va a ver esta fiesta.

Los que no dan pie con bola son los de la tropa. Algunos, para disipar

Los nervios consumían a los artistas; sin embargo, el director de la fiesta desparramaba su sonrisa

la ansiedad, juegan a inventar nuevas coreografías sobre el escenario, o se concentran en sus pasos, o cantan canciones de aliento entre bambalinas mientras piden a gritos un hilo y una aguja.

¡Ah!, claro, en la Vendimia de los alquimistas también pasan estas nimiedades, como en todo backstage que se precie de tal. Todos se desean merde (la suerte no es buena compañera en estas ocasiones) y las modelos que no caben en su felicidad porque van a desfilan ante miles de personas ponen caritas serias y caminan por su pasarela invisible moviendo las caderas a más no poder. Parece inevitable. Ni siquiera la Vendimia, la fiesta de los cosechadores, del póngale por las hileras y los obligo y le pago, pudo escapar a la globalización y a los fenómenos fashion.

En fin, foco otra vez en el director, que toma agua mineral para calmar la sed en su cabina. Luces, sonido y la emoción de otra fiesta más, la número 60, si no me equivoco.



La imagen corresponde al ensayo general que se realizó en el anfiteatro Frank Romero Day entre la medianoche del viernes y la madrugada del sábado.